GRACIA, FE E INTELECTUALIDAD

Autor: Manuel Lago González, Lic. en Teología por la Universidad de Navarra.
Fecha: 19-2-07.
Dirección: Parroquia de San Pablo.
C/ San Roque, n. 122.
36 205. Vigo. Pontevedra España.

Lenguaje académico.

La gracia y la fe en la significación que les ha asignado el lenguaje académico, quedan confinadas en una jaula de oro. Son dones divinos en intima relación que se ven en dificultades para mantener su unidad.

Los hechos de la revelación son la medida de la objetividad.

La academia cuando hace sus planos hace su trabajo, trabaja, pero está por ver si cuadra y concuerda con la realidad de los hechos. Si no se le da un cheque en blanco es preciso comparar sus aseveraciones con los hechos vivos tal cual se contemplan en la historia de Dios con los hombres, sus hijos queridos.

La unidad de fe y gracia.

Tanto la fe como la gracia, la gracia como la fe, son definidos como "don". Nosotros vamos a considerar la gracia de la fe, o lo que es lo mismo: la fe como gracia.

Relación de fe y gracia.

La fe objetiva es ese conjunto revelado entorno al rostro divino que se ofrece para ser aceptado y así conformar una unidad moral entre el alma humana y su Creador. Ese conjunto ofrecido por Nuestro Señor es llamado fe y conlleva en sí -si como tal es propuesto- un ofrecimiento que es

también mandato a ser aceptado y cumplido. Ese ofrecimiento es pues una gracia, un don muy precioso, de valor inmenso.

Si la gracia es, si recibida, la unidad moral del alma con Dios, ya se comprende qué viene a decirnos la frase "llena de gracia", la que mantiene una perfecta intimidad con Dios nuestro Señor.

El acto humano ante el acto divino ya considerado.

Si la gracia divina de la fe ya tenemos clara, sólo ya nos resta ver al hombre, ante este regalo que le brinda Dios. Ese hombre puede decir sí y hacerlo propio, una vez oído y bien comprendido. (Hacer propio ese don). Pero puede oponerse porque lo prefiere, o por no haber entendido ese don divino. (Esto ya es asunto oscuro por acontecer dentro del hombre mismo).

La responsabilidad humana.

Jesucristo recrimina, da como pecado, -hace responsables-, a muchos que vieron y oyeron sus palabras y hechos. Ello implica y conlleva que estaba clara la evidencia, era obligada la anuencia y la sumisión humana. Por lo tanto el hombre pecaba y ofendía la divina ciencia y bondad extrema al no confiarse a la invitación. Y por otra parte también el mismo Señor alaba la aceptación de los que Le siguen y Le aceptan con sumisa fe. E incluso se puede observar que estos actos de fidelidad o infidelidad se multiplican y reiteran en multitud de ocasiones que la vida humana proporciona y ensarta.

La explicación intelectual.

La explicación escolar lo que hace es substancializar los dos términos y dividirlos: la gracia es una cosa, la fe es otra. La fe es el conjunto de verdades o proposiciones divinas y

tiene su propia entidad. La gracia es un don o ayuda singular y divina sin la cual no se pueden aceptar esas verdades o dones divinos que divinizan al hombre, y además es un ser distinto y parece que aislado. (Aquí se escoró un poco el sentido de don unido y determinado en la fe). Por lo tanto el hombre no tiene de por sí fuerza o capacidad para tal hazaña y ha de recibir otro don llamado gracia. (O lo recibe o no lo recibe: ¿quién lo sabe?) Si cree o es fiel, es claro que la ha recibido. Si no cree o no es fiel, ¿se puede decir que no la ha recibido? Ya es más complejo. Puede ser que no lo haya entendido o no haya querido.

La cosa tiene además algún rabo más, puesto que la gracia en sí es una verdad dentro de la misma fe. De ello se sigue que para creer en la gracia hace falta también la gracia apropiada. (La gracia intelectual no tiene gracia en sí en ese entramado).

¿Por qué este enredo? Porque Dios es un ser, la fe objetiva es otro, el hombre va por otra parte y la gracia es otro individuo. (Hay un deísmo latente). (Hay también la equivocación constante de la escolástica o de nuestra mente que todo lo substancializa). Y cuando Dios ha originado el conjunto de la fe lo ha realizado según las retículas escolares como un ser distinto. Y como tal ser los maestros lo ponen en la mesa de operaciones: en el encerado. Lo pueden hacer y la van a dejar en los huesos. Arriba hemos anotado unos cuantos seres que es preciso poner en "andamento" (portugués), en movimiento para que uno crea o sea fiel.

Lo que ha procedido de aquí ha llenado miles de páginas, ha agotado litros de saliva, ha hecho subir la adrenalina, aturdido las cabezas de los jerarcas, y consumido los cerebros de adustos y egregios y eximios maestros.

Como las discusiones se llevaron a altísimo nivel filamentado, y cada vez era más difícil concordar los hechos con tales retículas, los que allí se acercaban y oían el rumor y estruendo clamoroso, escapaban horrorizados, unas veces invocando sin cesar el misterio críptico, o –si eran más aventados- se confesaban sin credo. En este caso estaba claro que no tenían la gracia por la desgracia en que hallaban la fe como don del Cielo.

Llegado este tema a la vida ordinaria de la piedad y sacramentos en la vida cristiana, la teoría cargó su peso plúmbeo y aplastante dejando su propia e inconfundible estela. Entre tanto el hombre corriente, especialista en medidas y pesos y hechos patentes estaba a merced del viento, si soplaba con gracia o si venía hueco. Si tenía gracia creía, y si no, no la tenía, y concluía de mala manera.

¿Quién se iba a atrever a proponer al pueblo una vida santa por ser cuerpo moral de Cristo? ¿Cómo atreverse a urgir que los fieles fuesen en la Iglesia una parte viva y auténticamente fiel? ¿Y si les faltaba la gracia suficiente? ¡Ecco¡ (Todo se volvió arcano e informe, e inútil a la hora de darle solidez al Cuerpo místico de Cristo, de modo que el mundo fuese nuestro siendo nosotros muchos). (Se dio un misticismo vacío que sigue coleando con fuerzas compulsivas).

Todo dependía de ese misterio tan enfatizado por el alto clero, de vano intelecto y del Mamotreto. Si los curas en su seminario no fueron capaces de entender aquello, no se atreverían a poner las cosas en claro y cantar, al pueblo y a sus propios cuerpos, las verdades del barquero. Surgiría el horror al "dentro o fuera", el "horror a urgir penitencia y claro cambio de vida". (La teoría lo dificultaba). ¡Es cosa de gracia, de misterio estricto, hermano del alma, retumban las almas haciéndole eco¡

La gracia era un misterio arcano, pero estaba en los sacramentos y aparecía siempre y cuando a Dios Le apetecía. Es de entonces cuando el clero nombraba en cada párrafo cuatro o cinco veces la palabra misterio, y venga más misterio, que era tapadera de aquel gran entuerto.

Con tal enseñanza al alma la gracia le resultaba escurridiza como una anguila. Pero en los sacramentos, al menos por haberlo dicho Trento, estaba –digamos y me lo perdonan- como atada y fácil de atrapar. ¿Entonces qué pasa? Algo comprensible con tales carriles.

Entonces se empujaba al fiel corriente, -que ignoraba el sentido de los vientos-, a que recibiera sumiso los sacramentos. Y de verdad era cierto. ¡Es enternecedor el cómo Dios tiene que hacer números para zafarse y escabullirse de las barricadas intelectuales para poder acercarse a su pueblo bienamado¡ Pero la gracia estaba ahí, seguro, ¿pero y en los demás momentos donde la fe late en los corazones? Ahí, si que el tema se viste de negro o de fosco y pardo.

No dejaba de tener ciertos visos de razonable el pensar que si aquellos hombres tan listos pensaba de tal manera, Dios que era la pura inteligencia, debía de estar todavía más enmarañado.

Puede de todas maneras que esto pueda mostrar la necesidad de ver que la humildad viene bien a quien sabe mucho y de verdad. La razón honda se afinca en que las cosas, recelosas de su propia intimidad, pudorosas, siempre dejan algo atrás, algo más para mañana. Siempre dejan algo para enseñarlo después. Pero los intelectuales, lo que hacen, para que les cuadre el tema, es podar y dejar piezas fuera, pues la lógica de la razón –poco razonable por cierto- así lo pide.